

## Capítulo 398 - Prueba de manipulación sanguínea

Los terrenos de Sapphire Manor permanecieron envueltos en un silencio casi reverente, donde las sombras de la destrucción aún susurraban historias de batallas recientes. El aire estaba cargado del olor metálico y antiguo de la sangre derramada— e, irónicamente, también sería el escenario perfecto para lo que estaba por venir.

Virgilio permaneció descalzo sobre la tierra agrietada, con los brazos cruzados, observando los escombros que lo rodeaban como si estuviera meditando. Su camisa abierta reveló los circuitos rojos que recorrían su cuerpo como venas translúcidas — restos de su antigua fusión con la sangre. Sus ojos dorados brillaron al sentir el enfoque ligero y rítmico de Rafaeline.

Se acercó con paso perezoso, con las manos en los bolsillos de sencillos pantalones oscuros y el pelo suelto revoloteando con la cálida brisa. Su nuevo cuerpo vibraba con una energía silenciosa, refinada y precisa como una espada recién afilada.

"Este lugar... huele a memoria quemada", comentó, deteniéndose a su lado.

Vergil asintió lentamente. "Sí. Pero ahora hay algo más. Algo vivo. Pulsante." Él giró la cara y la miró. "Tú."

Ella sonrió, inclinando la cabeza. "Me harás sonrojar antes de la pelea, ¿verdad?"





"Sólo quiero confirmar algo, en la práctica" Chasqueó los dedos y pequeñas esferas de sangre aparecieron del suelo —restos cristalizados de la batalla anterior. "Quiero ver de qué estás hecho ahora."

Rafaelina levantó una ceja y sus ojos escarlatas brillaban de hambre y emoción. "Ah... así que eso es todo. Quieres un duelo."

"Solo sangre. Sin armas. Sin runas. Sin citas." Virgilio abrió las manos, dejando que la sangre a su alrededor se elevara en espirales lentas, como serpientes carmesí bailando en su propia gravedad. "Sólo nosotros dos. Sangre contra sangre."

Rafaeline se lamió el labio inferior, como si saboreara la idea. "Estás loco, lo sabes, ¿verdad?"

"Es una locura saber lo que has creado. Y queriendo afrontarlo."

Dejó escapar una risa ligera, casi infantil, y luego... se detuvo.

En un instante, el suelo tembló ligeramente. La sangre que había estado girando en las manos de Virgilio fue brutalmente succionada hacia Rafaeline, como si fuera convocada por una fuerza gravitacional superior. Levantó una mano y el líquido se acumuló alrededor de su brazo, formando una elegante espiral de agujas y cuchillas flotantes.

Virgilio frunció el ceño.

"Me robaste eso."





"Lo dejaste suelto", respondió ella casualmente. "Ya sabes cómo la sangre obedece órdenes. Pero conmigo... obedece sin dudarlo. "Me reconoce."

Virgilio reaccionó rápidamente. Retorció los dedos, creando finas lanzas de sangre directamente de las venas de los cadáveres cercanos. Dispararon en línea recta, rápidos como balas.

Rafaelina levantó la mano.

Todo se detuvo.

La sangre, ya en el aire, vaciló, parpadeó... y se volvió contra Virgilio.

"What—" comenzó, pero las lanzas retrocedieron y lo golpearon en la espalda con un golpe sordo, empujándolo unos pasos hacia adelante. Se detuvo, resopló y se secó un chorrillo de sangre de la boca.



"Redireccionaste mi comando."

"Reescribí tu comando." Ella dio un paso adelante. "Lo que has hecho hasta ahora es dominar la sangre como fuerza. Lo que he hecho es reconfigurarlo como lenguaje."

Luego Vergil se concentró. Las venas de su brazo izquierdo se hicieron visibles e irradiaban en un patrón circular—ahora estaba usando su propio cuerpo como catalizador. Una burbuja de sangre pura, densa como el magma y luminosa como una estrella, comenzó a formarse en la palma de su mano. Una técnica secreta suya. Unmatched.

Pero cuando intentó lanzarlo...

No pasó nada.

La burbuja vibró, tembló... y explotó en su propia mano.

La sangre cayó como lluvia en cámara lenta — pero antes de tocar el suelo, cada gota fue recogida y arrastrada al lado de Rafaeline. Ella simplemente lo miró con un brillo divertido en sus ojos.

"Yo también tomé eso."

"¿Robaste la sangre dentro de mi cuerpo?" Virgilio jadeó.

"Dejaste el circuito abierto. Me enseñaste eso, ¿recuerdas?"

Apretó los dientes y, con un impulso feroz, se lanzó hacia adelante. Un puñetazo. No sólo físico, sino con sangre vibrando en armonía para destruir campos internos de manipulación. Fue una maniobra de dispersión — una técnica diseñada para cortar el vínculo entre el usuario y la materia.

Pero cuando su puño chocó con su pecho... sintió.

Nada.

Como si el impacto hubiera entrado en un océano inmóvil.

Rafaelina sonrió, casi con ternura. Y luego susurró:





"Mi cuerpo no separa alma y carne. Todo aquí es sangre."

La respuesta fue brutal: docenas de cuchillas hechas con la sangre de Virgilio salieron disparadas de su espalda como un puercoespín invertido. Todos lo golpearon a la vez, tirándolo y derribando parte de un muro caído.

Virgilio se levantó con dificultad, con el pelo sucio, la cara cortada y jadeando.

"¿Estás leyendo mi intención incluso antes de ejecutarla?"

Rafaeline caminó tranquilamente hacia él, con cada paso firme. "No es lectura. Es sintonización. Yo soy el flujo mismo ahora. Siento la turbulencia en la sangre del mundo. "Soy parte de ello."

Ella abrió los brazos.

Y toda la sangre de la zona —en las paredes, en el suelo, en el aire, incluso las gotas procedentes del propio cuerpo de Virgilio— empezó a girar a su alrededor, formando una espiral que tocaba el cielo.

"Vergil", dijo con voz suave pero firme. "Me enseñaste a escuchar la sangre. Pero yo... Enseñé a la sangre a cantar."

Cayó de rodillas.

Y se rió.

"Esto es humillante."





"Esto es arte", respondió ella, ofreciendo su mano para ayudarlo a levantarse.

Lo tomó, todavía riendo, con los ojos llenos de lágrimas— de dolor, orgullo y respeto.

"Ganaste. Manos abajo. Y no sólo eso..." La miró como si viera algo sagrado.  
"Has creado una nueva forma de vida."

Rafaeline simplemente sonrió y, por primera vez, sus ojos se llenaron de algo que parecía más que una victoria.

Fue trascendencia.

Vergil se puso de pie, todavía sacudiendo el polvo de sus hombros y masajeando los tensos músculos de su mandíbula, cuando algo pareció ocurrirle. Sus ojos morados se entrecerraron de genuina curiosidad.



"... ¿Qué pasa con las espadas?" preguntó, todavía jadeando levemente. "Los que tanto amabas."

Rafaeline levantó una ceja con una sonrisa traviesa y le dio la espalda, como si esa fuera la señal para que comenzara el verdadero espectáculo.

"Ah... ¿ellos?" Su voz parecía contener una provocación, casi una risa oculta.  
"La colección está toda aquí."

Con un solo chasquido de sus dedos, algo pulsó en su columna. Una vibración reverberó en el aire—como si el mundo contuviera la respiración por un segundo.



Luego, de su espalda, emergieron.

El primero. Luego dos. Ten. Veinte. Y más. Más.

Como serpientes que despiertan de un sueño profundo, hojas de todos los tamaños y formas brotan lentamente de la carne de su espalda sin rasgarla, flotando a su alrededor en perfectos movimientos circulares, como lunas que orbitan alrededor de un sol carmesí. Espadas largas con empuñaduras ornamentadas, dagas curvadas como garras, Claymores negros como abismos, sables translúcidos e incluso hojas de aspecto alienígena hechas de metal que pulsaban con luz interna.

No parecían estar simplemente almacenados allí— habitaban a Rafaelina, como si fuera una casa viviente construida alrededor de un arsenal legendario.

Vergil dio un paso atrás, instintivamente. Su rostro era una mezcla de asombro y reverencia.

"...Cientos..." murmuró, con la voz casi fallando. "Estas son... espadas legendarias. Único."

Vergil se levantó, todavía sacudiendo el polvo de sus hombros y masajeando los tensos músculos de su mandíbula, cuando algo pareció ocurrirle. Sus ojos dorados se entrecerraron de genuina curiosidad.

"... ¿Y las espadas? preguntó, todavía jadeando levemente. "Los que llevabas. Los que gritaban con el peso de la historia."

Rafaeline arqueó una ceja con una sonrisa traviesa y le dio la espalda, como si esa fuera la señal para que comenzara el verdadero espectáculo.





"Ah... ¿ellos?" Su voz parecía contener una provocación, casi una risa oculta.  
"La colección está toda aquí."

Con un solo chasquido de sus dedos, algo pulsó en su columna. Una vibración reverberó en el aire—como si el mundo contuviera la respiración por un segundo.

Luego, desde detrás de ella, aparecieron.

El primero. Luego dos. Ten. Veinte. Y más. Más.

Como serpientes que despiertan de un sueño profundo, hojas de todos los tamaños y formas brotan lentamente de la carne de su espalda sin rasgarla, flotando a su alrededor con perfectos movimientos circulares, como lunas que orbitan alrededor de un sol carmesí. Espadas largas con empuñaduras ornamentadas, dagas curvadas como garras, Claymores negros como abismos, sables translúcidos e incluso hojas de aspecto alienígena hechas de metal que pulsaban con luz interna.



No parecían estar simplemente almacenados allí— habitaban a Rafaelina, como si fuera una casa viviente construida alrededor de un arsenal legendario.

Vergil dio un paso atrás, instintivamente. Su rostro era una mezcla de asombro y reverencia.

"...Cientos..." murmuró, con la voz casi fallando. "Estas son... espadas legendarias. Único. Algunos de ellos sólo los he oído susurrar en los pasillos del tiempo. Espadas que se han perdido durante milenios."

Rafaeline giró la cara y lo miró por encima del hombro. Sus ojos escarlatas ardían de orgullo contenido.





"Los convertí a todos en metal sangriento", dijo, señalando suavemente mientras las cuchillas flotaban como extensiones naturales de su ser. "Ahora son parte de mí. Ya no necesitan ser transportados... viven conmigo, dentro de mí."

Virgilio se acercó y miró de cerca una de las espadas. Reconoció la espada— Muramasa Negra, una katana legendaria que había estado desaparecida durante cuatrocientos años y que se decía que era capaz de cortar las mismas ganas de vivir. Brillaba en un rojo opaco, como si estuviera dormido.

"Pero... ¿su poder?" Él frunció el ceño. "¿Puedes usarlos?"

Rafaeline suspiró suavemente y sus hombros se relajaron un poco.

"Desafortunadamente... no", respondió ella, con un dejo de frustración en su voz. "Puedo moldear sus formas, remodelar sus estructuras con mi sangre, como armas maleables y mortales... pero el poder, lo que hace que cada una sea legendaria—, permanece bloqueado. Bloqueado."



Hizo un gesto con la mano y una de las espadas se deconstruyó en partículas rojas antes de reconstituirse en otra forma, como si estuviera hecha de memoria líquida. "Es como si pusiera cada uno en un inventario dentro de mi cuerpo, ¿sabes? Puedo acceder a las espadas, pero no a sus almas."

Vergil asintió lentamente, tratando de procesarlo todo. "Aun así... has creado un nuevo sistema. Un cuerpo que funciona como un arsenal andante. "Una morgue de leyendas."

Rafaelina sonrió. "Prefiero el término 'santuario'. Pero entiendo el drama."